



Núm. 4.

Dibuto de Ochoa.

Calvo Asensio, 3. - Madrid.

- Apartado 8.008 -

El alma caballeresca de don Juan, un don Juan contemporáneo, escéptico y sensual, descreído y despreocupado, asomará en estas páginas, no como un Fauno rijo y solapado, sin otro culto que la carne por la carne—el chiste procaz, el dibujo pornográfico—, sino como un gran caballero libertino, cuyas ligerezas estuvieran purificadas por su gracia, su talento, su espiritualidad...

Nuestro Don Juan, pues, no será un rufián de lupanar entre mancebas, sino un romántico trovador de cuentos verdes, un viejo abate libertino...

De vez en cuando, entre frivolidad y frivolidad, sin dejar de reir nunca, hará Don Juan un alto en sus carnales escarceos, para como un escéptico pensador hablarnos de las grandes incógnitas de nuestra alma voluble y caprichosa... del porqué las mujeres y los hombres recíprocamente se engañan, a qué edad son más interesantes para quererse las unas y los otros; nos hablará, en fin, de la nueva psicología del amor, tan descreído y tan metalizado... todo ello constelado de mil anécdotas de amor. Os haremos pensar a ratos, sin dejar de haceros reir nunca.

Esta Revista, pues, como las grandes cortesanas, dentro de su perversidad sabrá guardar la delicada corrección de una gran señora... Ni erotismo ni grosería... Un caramelo de menta todo lo más...

COLABORADORES:

Linares Rivas. - Alberto Insúa - Zamacois. - Emilio Carrere. - López de Haro. - Joaquín Belda. - Federico García Sanchiz. - López Barbadillo. - Díez de Tejada. - Vargas Vila. - Antón del Olmet. - Cansinos Assens. - Hernández Catá. - Gómez de la Serna. - Répide. - José Francés. - Diego San José. - Tomás Borrás. - Alvaro Retana. - DIBUJANTES: Manuel Tovar. - Robledano. - Tito. - Ochoa y otros.



—¡Bien!... ¡Bravo!... ¡Los dos a la vez!... ¡Qué magnífico ejemplo!



—Japonesito. Contigo he tenido minutos dichosos.
—Al menos sabes ya lo que es el cuarto de hora japonés.



—¡Un año ha pasado! Se envejece, mamá.
—¡Tú, quizás... pero yo, rejuvenezco!



—Querido amigo: te presento a mi amiga Carmen... ¿No querías conocer las regiones devastadas?



—Debe ser espantoso ser viejo.
—¡Oh, no creas... En algunos casos tiene sus ventajas.

(De LE RIRE.-París.)



Flirt

VENUS &

COSMOPOLIS



CUENTO CON MORALEJA.-
¿Inventón de la reclama-
me? Acostumbrados a
la fábula nos tienen los ar-
tistas escénicos y sus comen-
taristas en la Prensa. Sin
embargo no nos resistimos a
creer lo que de una famosa

antorcha, y a sus res-
plandores malditos el
séquito de los conde-
nados a una pasión satáni-
ca y desesperada.

—Ahora recuerdo...

Abstraída y como un fan-
tasma habla la bayadera.



estrella de la danza refiere un reporter londinense.
En esto de las novelorías, como en el maquillado,
muchas veces quisiéramos que fuera verdad la men-
tira. La bailarina es una de tantas mujeres fatales
que se encuentran en los folletines modernos. Una
de las que pretende revivir a Cleopatra, y para
ello se dejan picar por el mismo áspid que mató a
la reina irresistible y trágica. Quiere decirse que
sin la grandeza de la inmortal seductora, cuenta
ya con todas sus malignidades. Y a falta de la
fascinación misteriosa, envuelve a sus idólatras
en crueldades y exigencias dignas de la amada
de Marco Antonio. Táctica cierta a través de las
edades de la historia, como de la humanidad y de
cualquier hombre en particular.

—¿Y usted no se ha enamorado nunca?

La bailarina de los ritos orientales, escucha
asombrada la pregunta del periodista. Contempla
un instante un Budha que colocó sobre un mueble
en caoba del cuarto del hotel, y, por último, ex-
clama:

—No, nunca...

El chroniqueur finge la visión ae ella, como una

Y descubre su derrota de un día. Era en el hall
de uno de esos caravanserrallos que llamamos
el Palace Hotel en las grandes ciudades. Como
una pantera descansaba la fémina su tedio en los
almohadones de un diván. Pasaban tipos y silue-
tas. Nada. Nadie. De pronto la jamás humillada sintió
el dominio de unos ojos verdes. Un coloso, de tez
broncea y pupilas de esmeralda, la miraba sin
pestañear. Poco a poco iba cediendo la altiva;
en su cólera, primero; en su orgullo, después, y al
cabo en su energía física. Se declaró vencida, y
cayendo bruscamente en el aniquilamiento, sólo
quería sufrir el despotismo y la tiranía del único
hombre que había osado retarla con la mirada a
ella, la bruja. Pero un vulgar incidente mostró la
realidad. Aquel hombre estaba ciego.

... He aquí la historieta de la crónica londinen-
se. Después de todo, la misma de todos los casos
de amor. No ven los reflectores que nos deslum-
bran...

Federico García Lorca

LA DIADEMA DE ESPERANZA IRIS, POR MIGUEL DE CASTRO

Sobre tu frente de infanzona
y a modo de un mítico emblema,
es fulgente semicorona
de pedrería tu diadema.

Cualquier virreya envidiaría
tu excelso busto estatuario,
cálido como un mediodía
indio en un valle milenario.

Para abrigar tus nacarados
hombros de Hebe, yo pusiera
un chal de tonos jaspeados
hecho con pieles de pantera.

Y en un solio te llevaría
en una fiesta de indios, lejos...
Y en tu diadema fulgiría
el sol igual que en los espejos...

DE CÓMO FUÉ EL AMOR EN LA ANTIGÜEDAD

El amor es un sentimiento muy moderno. La especie, como el individuo, no conoce las afecciones tiernas en su infancia, hasta el punto de que los alemanes dicen que la juventud no conoce la virtud, es decir, que la niñez no es apta para la emoción delicada y de puro orden de sensibilidad. El joven suele ser áspero para los sentimientos y en cambio tiene predisposición para las sensaciones extremadas y aparatosas.

Para sacrificar la vida en un momento heroico hay que ser joven: para una gran pasión, de arranques y de peligros, hay que ser joven: para matarse por una contrariedad o por un desengaño, hay que ser joven: para darlo todo o exigirlo todo en un día, hay que ser joven. Y Goethe decía que los verdaderos pesimistas eran los jóvenes.

Pero ninguno de estos extremos se relaciona con el amor verdad sino con el orgullo y con el propio afecto impulsivo que les hace ir a toda acción como quien va a una batalla. Es el ansia de pelea y de dominación absorbente, y de igual manera belicosa y exagerada juegan, riñen y enamoran.

Estas manifestaciones violentas y con visible predisposición a lo tumultuoso, van cediendo a medida que se asciende en edad, desaparecen o se aquietan al llegar a los cuarenta-la meseta central de la vida...—y vuelven a presentarse con la misma intensidad pero no con la misma extensión, al sobrevenir la época climática de los cincuenta en adelante, hasta que se marca la línea de la vejez y del descenso vital.

Claro que hablo de fechas aproximadas y no absolutas, variables individualmente, ya que cada organismo tiene un desarrollo funcional distinto y relacionado con infinitas causas externas, aunque la Iglesia, que siempre fué partidaria de leyes fijas, haya señalado fechas matemáticas para la infancia, la pubertad, la juventud, etc., aplicando de seis en seis y por múltiplos la duración de cada período de la vida.

Si el individuo procede así, la especie fué también de igual manera y por etapas escalonadas.

En el Paraíso—según referencias...—el proceso amoroso se redujo a comerse una manzana.

Después, y por un enorme lapso de tiempo, la Humanidad siguió comiéndose la misma manzana... y sin mondarla siquiera.

Cuando el hombre apareció por la tierra, allá en la época cuaternaria, según demuestran la Estratigrafía y la Paleontología, sólo tenía instintos rudimentarios en relación con su naturaleza física: hambre, sed y exaltaciones genésicas. Bebía en los arroyos, comía cazando, es decir, matando, y amaba cazando también. La hembra era una presa más.

Luego—un luego que duró siglos—el hombre disputó

sus cavernas a las fieras, incluso a las fieras de su misma raza y de su misma fiera. La mujer-hembra, aun sin salir del salvajismo, comprendió pronto que no se bastaba a sí misma en los momentos difíciles y periódicos de su existencia, en el último mes de gestación y en el primero de lactancia, e instintivamente buscó la protección del que la buscaba para el placer. Se aparearon, la mutua defensa les convenció de las ventajas de la unión contra todos, que todos eran enemigos de otros, y el afecto de verse unidos y compartiendo juntos los peligros creó la familia, al modo y manera que ya la practicaban muchos otros animales, pero diferenciándose de ellos en que no terminaban la unión cuando las crías podían defenderse por sí solas, que es el instante en que los irracionales rompen el lazo que los agrupa.

Sin sospechar siquiera la trascendencia social de aquel sencillo acto de agruparse y no separarse después, se creó la familia, como por la simple observación de que algunos frutos se conservaban y era ventajoso guardarlos para los tiempos de escasez natural se creó la propiedad. Defendiendo la caverna contra el intruso y los frutos contra la rapiña, el hombre primitivo constituyó el hogar y la propiedad, los dos jalones, eternos ya e insustituibles, en que han de asentarse todas las sociedades presentes y futuras.

Y por el derecho de primer ocupante, caverna, frutos y hembra entraron en el dominio del hombre y él los defendió ya siempre, no por amados, sino por suyos. En las tres bases fundamentales de la Humanidad—esposa, casa y hacienda—, en los tres factores que resumen hoy el idealismo de una vida ciudadana, no hubo ni un solo atisbo de ideología pa-

ra constituirse. Todo fué obra del instinto.

El hombre cuaternario—si fué ese realmente el primer hombre, según la Paleontología, o ciencia que estudia el origen de la especie humana, anterior a los documentos históricos—y luego los hombres de la Edad de Piedra, del sílex, y ya los relativamente próximos de las edades del hierro, no han progresado apenas en el terreno sentimental porque sus tiempos fueron de pasiones sencillas y rectilíneas. Bruscas, groseras, airadas y temibles en su desarrollo, pero siempre sencillísimas.

El amor, el concepto del amor, no lo tuvieron siquiera. No pasaron de los afectos más o menos persistentes y de las pasiones más o menos tumultuosas, pero sin llegar nunca a las sutilezas espirituales que son causa del amor.

Y de ahí nace una de las pruebas que demuestran que la raza humana procede de un tronco propio y no de una derivación o transformación de otra especie.

Durante siglos y siglos los hombres se amaron como bestias, pero a pesar de siglos y más siglos las bestias no han llegado nunca a amarse como hombres.

Manuel Linares Rivas



LA MUJER Y LOS POETAS

GALERÍA DE VERSOS PLATÓNICOS Y ERÓTICOS

DULCE BOCA...

*Dulce boca mordida
en el más bello instante,
húmeda y florecida
con su rosa galante.*

*Sus inquietudes calma
la ternura de un beso,
apretado y travieso,
donde busco tu alma.*

*Un encanto se pierde
en mi boca, que muerde
con locura y sopor.*

*Es ligero su hechizo
por tu labio enfermizo,
con nostalgias de amor.*

¡CAMINA, PRIMAVERA!...

*Hay una hora acaso
de lujuria y deseo;
en esa hora, creo
que todo es luz y raso.*

*Se ofrece en los jardines
el alma dolorida
a la noche, dormida
sobre nuevos jazmines.*

*Dichoso el que la espera,
feliz el que la aguarda
en su dulce embeleso.*

*¡Camina, Primavera!..
Ese galán que tarda
ha de perder tu beso...*

Adolfo Cuenca.



(Dib. de OCHOA.)

PERFUME NUPCIAL, POR LORENZO ROLDÁN

*Después de besarlas fervorosamente
te doy este ramo de fragantes flores;
—ofrenda galante de mi amor vehemente—
rico de perfumes, rico de colores.*

*Ponlas en tu pecho cariñosamente
para que se mezclen sus suaves olores
con el tibio aroma de tu carne ardiente,*

como un simbolismo de nuestros amores.

*Y cuando en la noche se unan nuestros brazos,
en los inefables y largos abrazos,
surgirán potentes tus senos triunfales.*

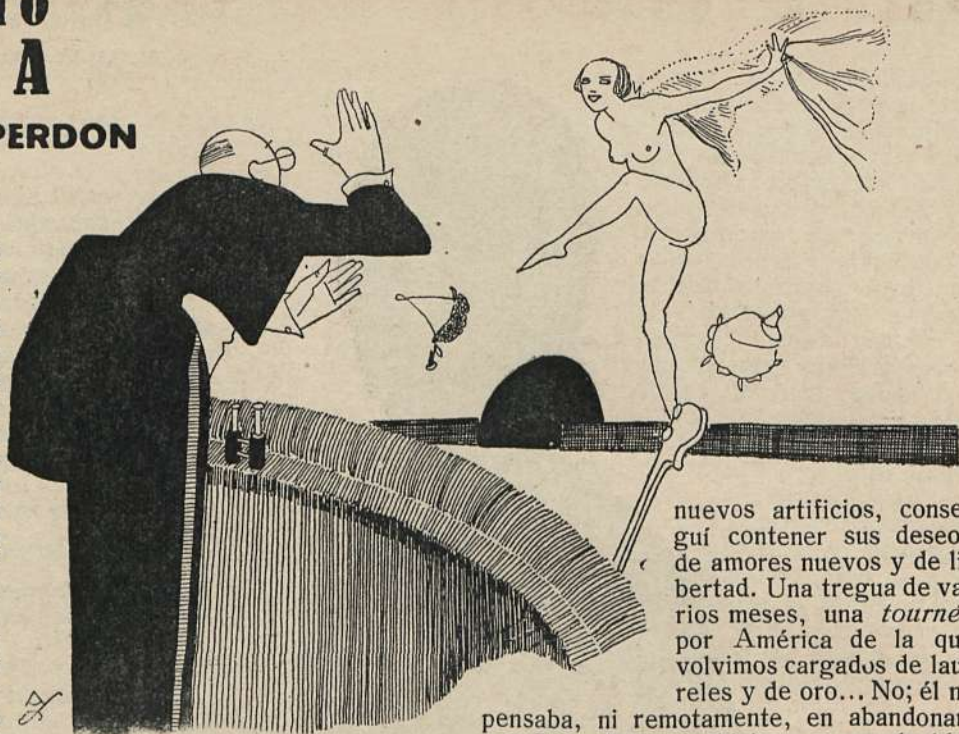
*Yo me embriagaré de tu carne hermosa
—olor de tu cuerpo y aromas de rosa—
en nuestros frenéticos edenes nupciales.*

ALBERTO INSUA

LOS PECADOS SIN PERDON

EL VAMPIRO

—Padre, nadie ignora que Su Reverencia es el confesor más austero y rígido de la Iglesia. Por eso le he elegido para confesarle mi culpa. Yo soy una mujer del siglo, famosa por su arte: una comedianta. (Yo la había reconocido por su voz de oro. Era Ifigenia Campo). Mi culpa es grande, pero también es grande mi fe. La disipación de mis pasiones no me ha impedido nunca aspirar al amor divino. Extenuada, muerta casi por los amores profanos, vengo aquí en busca de paz, de ternura celeste y de perdón. He pecado mucho porque he amado mucho. ¿No es esta la razón suprema para perdonar? Pero el silencio de Su Reverencia me indica que debo descubrir, sin más palabras, el fondo tenebroso de mi alma: A punto de agotarse mi juventud, pero en el apogeo de la gloria, conocí a un hombre que, por su edad, hubiese podido ser mi hijo. Si yo era la actriz ilustre y de fama universal, un sol en el cenit, él era el astro naciente, el genio que despuntaba. Era poeta: poeta arrollador de muchedumbres, un ejemplar purísimo de la escuela romántica. Me trajo un drama, desordenado, pero magnífico. Con los retoques de mi experiencia y el fervor que yo puse en representarlo, aquel drama obtuvo una acogida triunfal. El público nos confundió en la misma apoteosis a la actriz y al poeta. Y aquella noche nació en mí una pasión absorbente, dominante por aquel hombre que, de mi mano, entraba en la gloria. Me enamoré de él como se enamoran las mujeres en el otoño de su vida: con saña, con celos, con el temor horrible de ver huir al amante joven hacia otros amores. Yo no he sido nunca hermosa. Los hombres se han rendido a mis pies y han derramado tesoros por mis más lánguidas caricias. No era mi cuerpo frágil, ni mi rostro soberanamente expresivo, pero... feo mas bien, el motivo de sus ansias. Era mi nombre, mi voz, mi fama, mi talento. Era, padre, el orgullo de poseer, poseyéndome, un poco de inmortalidad; el poder pensar «soy o he sido el amante de Ifigenia Campo.» También él ¡ay! sucumbió a esa fascinación, a ese espejismo. Y a la primera de mis insinuaciones, aquel hombre joven, bello como un arcángel, y ya elegido por la gloria, fué para mí como un esclavo. Sin dejar de escribir tragedias admirables, inspiradas por mí y escritas para mí, se hizo también actor... Fuí yo misma quien lo hizo actor, para tenerlo junto a mí hasta en escena. Todas mis artes de comedianta, toda mi experiencia amorosa, todo lo noble e innoble de mi espíritu, concurrieron a encerrar a aquel hombre en el círculo de mi deseo y en la órbita de mi pasión. Dos años fué mío con frenesí sensual y místico apasionamiento. Yo era una diosa que le admitía en su tálamo. Pero llegó un instante, ¡la crisis de todos los amores! en que aquel hombre comenzó a huir de mí. Yo sorprendí el comienzo de su transformación y, con redobladas mañas y



nuevos artificios, conseguí contener sus deseos de amores nuevos y de libertad. Una tregua de varios meses, una *tournée* por América de la que volvimos cargados de laureles y de oro... No; él no

pensaba, ni remotamente, en abandonarme. Era a la vez ambicioso y agradecido.

Sabía quién era yo y cuánto me debía. El deseaba... ciertas compensaciones... Yo hubiese querido tolerarlas. Las mujeres marchitas tienen que saber perdonar. Yo no perdoné. Y para que las otras mujeres no me lo arrebataren, sabía, lenta y voluptuosamente lo consumí...

Yo me acuso, padre, de haber matado, poco a poco, a fuerza de caricias voraces y de placeres venenosos, a mi amante. Yo hice de él un sádico, un alcohólico, uno de esos seres que penetran y se embriagan en todos los paraísos artificiales y, una noche, sobre mi pecho flácido y hundido deshojó las rosas rojas de su juventud. Después quise salvarlo. Murió en una de las islas del Mediterráneo, odiándome, adorándome... Y desde entonces, padre, la nostalgia de él y los remordimientos y el horror de mí misma, me consumen. Mi corazón se detiene a veces, como asustado de encontrarse en mi pecho. ¿Qué soy yo, padre?

—El vampiro... El vampiro de *Las flores del mal*.

—¿El vampiro, la mujer satánica, el odre viscoso, desbordante de pus? ¡Estoy condenada! ¿Me condenan la Poesía y la Religión?

—Sí.

—¡Padre, piedad!...

—Ninguna. Tú no la tuviste. Devoraste a un hombre fuerte y hermoso, que era además un artista. Pudo amar con amor fecundo. Pudo crear con magnificencia lírica. Devoraste sus hijos y sus obras, secaste un manantial, borraste un porvenir. No te perdono. Para mí, el confesor rígido, tu pecado es irremisible, abominable y exige eterna expiación... ¡Levántate! Tal vez encuentres un confesor más débil.

Ifigenia Campo no respondía. Esperé. Y como pasaban los instantes, y de su rostro, apoyado contra la celosía, no brotaba un sollozo, ni un suspiro, salí con inquietud y cautela del confesionario. Apoyé mi mano en uno de sus hombros. A tan leve contacto su cuerpo se desplomó sobre las losas de la iglesia. Ifigenia Campo, había entrado en la muerte sin la divina asistencia del perdón.

Alberto Insua.

(Continuación.)

—Pero ¿nada?
—¡¡¡Nada!!!
—Señora, no se desespere usted; eso pasa en las mejores familias.

Lanzarote dijo esto último como podía haber dicho otra inanidad cualquiera. En realidad no sabía lo que se decía.

Poco a poco se estaba poniendo al rojo vivo; todo lo que iba diciendo aquella mujer tenía la virtud de excitarle de un modo feroz y de ponerle como si estuviera presenciando una obra del teatro Martín. Porque además, era de ver la cara que iba poniendo aquella mujer mientras lanzaba sus quejas.

Era una cara de dolor y de deseo a un tiempo, y más de una vez el coronel apartó de ella la vista para evitar el levantarse como un tigre de su asiento y allí mismo a la narradora, haciendo caso omiso del compañerismo que le unía con el marido.

—Pues sí, señor, esa es mi situación.

—Melodramática.

—Y ese es el favor que nosotros esperamos de usted. Porque mi marido lo desea tanto como yo.

—¡Los hay!—pensó el coronel.

—Doy este paso autorizada por él.

—Ya me lo figuro. Bueno, ¿y qué es lo que desea usted de mí, señora?

Al decir esto, Lanzarote estaba ya temblón, semicon-gestionado, con dos rosetones grana en las mejillas, y con un bulto del tamaño de un saco de viaje, en Además, las dos manos las tenía crispadas sobre los dos brazos del sillón...

—Pero, ¿no lo adivina?

—Yo, la verdad...

—Pues como los médicos le han dicho a mi marido que eso que él padece sólo se le podrá aliviar con un cambio radical de aires, pues queremos que usted consiga que lo traslade a Madrid.

Lanzarote respiró tranquilo, pero un si es no es desilusionado.

—Ya.

—Sabemos que la cosa no es fácil; sólo una influencia como la de usted puede lograrlo.

—¿Dónde tiene su marido el destino?

—En Toro.

—¡¡ !!

Al oír la brutal interjección, que salió como un eructo irrefrenable de labios del coronel, bajó los ojos un poco ruborizada.

—¿Dice usted que en Toro?

—Sí, señor.

—¡Ah, hija de! Pero, quiero recordar, señora, que en Toro no hay guarnición.

—Está en una caja.

—Eso ya es otra cosa. Bueno, pues yo, así de pronto, no sé qué decir a usted. Eso de los traslados está muy peliagudo.

—¿Cómo ha dicho usted, mi coronel?

—Peliagudo.

—¡Ah! Había entendido otra cosa—, dijo ella, con una sonrisa indefinible.

—Sí, habrá usted entendido que es consonante.

—¡Oh! ¡Por Dios!

No necesitará el lector que le digamos que, a partir de aquí, la entrevista perdió aquel carácter hipócritamente solemne que había ostentado hasta ahora, y comenzó a tomar ese aire de jocundidad que suele ser el preliminar del delicioso acto del Sin decir nada concreto, entregándose por la tácita, que suele ser la más deliciosa entrega, la dama dejó entrever a Lanzarote que el premio seguro de su gestión sería ella misma, en cuerpo y alma.

Y el coronel, acordándose de sus buenos tiempos de las campañas del Norte y de las guerras coloniales, y cada vez más notaba que su espíritu—por piadoso eufemismo llamamos así a la—, revivía con ardores nuevos, como si aquella rubia adorable estuviese perfumada con cantárida.

Una vez más púsose de manifiesto el fondo de canalería inconsciente que hay en todo corazón humano, pues el amigo Lanzarote, de lo que más se regocijaba en este momento, de lo que extraía el principal estímulo para su excitación de ahora, era que iba a ponerle los a un compañero que a tales horas estaría en la muy noble ciudad de Toro, y a lo mejor, jugando al dominó en el Casino.

—¿Qué? ¿Lo hará usted, mi coronel?—preguntó ella, acercándose cuanto pudo, y entornando gachonamente los ojos.

—¡Lo haré! O por lo menos, lo intentaré. Pero usted, en cambio...

—¡Yo! ¿Qué puede hacer una pobre mujer como yo, para agradecer un favor de esa índole?

—¡Caray! Puede hacer mucho; pero yo me contento con una sola cosa.

—¿Y es?

—Una

Ella, sin dejar de reír, cubrióse la cara con ambas manos, como si ciertas proposiciones no pudiese escucharlas una mujer honrada con la faz al descubierto. Dejó pasar un minuto, y al cabo de él, dijo, casi en voz baja:

—Si es capricho...

—Es que si no, me solo

Lector: han pasado diez minutos, y al cabo de ellos, el coronel Lanzarote se encuentra arrodillado sobre una piel de tigre apócrifo que hay en la parte central del pavimento de su despacho.

Ya sabemos tú y yo que el bizarro militar es hombre muy devoto, pero, en este momento, no adopta aquella postura porque esté rezando sus preces vespertinas, ni porque esté dando gracias al por haberle concedido a su el regalo de una prodigiosa.

No se trata de eso.



—A las mujeres como usted quisiera yo verlas colgadas...

—¡...!

—... colgadas de mi cuello.

Dibujo de MASIDE.

Joaquín Belda

(Continuará.)



FERNANDEZ FLOREZ

PORQUÉ ENGAÑAN LOS HOMBRES A LAS MUJERES

POR FEAS

—No diré que su historia no sea interesante ni que deje de estar justificada su conducta—gruñó el escuálido señor Guzmán cuando Ribera terminó su relato—pero yo bien sé de quien podría narrar otros sucedidos completamente opuestos a los que usted refirió y que, sin embargo, tuvieron un análogo fin. Puesto que cada cual desnuda su alma y que estamos en un círculo de intimidad en que no hay que temer indiscreciones, allá va también mi confesión, si ustedes quieren escucharla.

«En confianza... ¿voy a decir yo que mi mujer ha sido una beldad?... ¡Diablo! yo no tengo telarañas en los ojos! No; no ha sido nunca una beldad, ni tampoco un monstruo; hay que hacerle justicia. Si ustedes quieren que la calificuemos de fea, será preciso añadir que es una fea graciosa. Es seguro que no se quedaría soltera si yo no me hubiese decidido a llevarla a la Vicaría. De joven, su delgadez—quizá algo exagerada—le prestaba un aire enfermizo que yo creo que era su mayor encanto. Para decir verdad, sus ojos son pequeños y su nariz pende un poco sobre la boca; pero estos ojos son expresivos y brillantes y en cuanto a la nariz... ¡Señor!... una nariz no es obstáculo suficiente para detener la carrera de una ilusión sentimental. La ilusión sentimental encuentra una nariz mal perfilada, y salta ágilmente por encima de esa nariz. Yo la encontraba bien en aquel rostro, y si mi novia un día se hubiese presentado con una nariz griega o una nariz remangada, habría echado de menos aquella otra con la que la había conocido y amado.

«Puede preguntarse: «Con todo eso, ¿por qué se casó usted con Sofia?...» Sí, reconozco que puede preguntarse; pero yo sabría responder: «amigo mío, uno se casa siempre con aquella mujer que quiere casarse con uno, y no pretendo descubrir ninguna verdad desconocida.» Antes de ser mi novia, Sofia era mi vecina de pensión. Vivía en la misma fonda que yo con sus padres. Nunca he sido un tenorio ni tuve gran predicamento con las mujeres; soy tímido

do y no puedo decir que la Naturaleza haya hecho de mí un Adonis. En estas circunstancias, la convivencia prolongada con una mujer es siempre peligrosa. Y si esta convivencia ocurre en una casa de huéspedes, peor. La casa de huéspedes es una constante incitación al matrimonio; cada vez que el *menú* del almuerzo o de la comida no es de nuestro agrado, nos decimos: «¡Si yo tuviese casa propia no ocurriría esto!» Cada vez que sostenemos un altercado con la patrona, pensamos: «¡Si yo hubiese formado un hogar...!» Y en la soledad de nuestra habitación, cuando una enfermedad nos retiene en ella y sentimos más que nunca el miedo a estar solos, no podemos dejar de discurrir: «¡Qué falta me hace estar casado!»

«Debe añadirse a esto que todas las señoras que tienen hijas en edad de matrimoniar aseguran sin vacilaciones que un hombre soltero que viva en una fonda, gasta muchísimo más que un hombre casado. Esta era una de las atracciones misteriosas que me ofrecía el matrimonio. —Cómo es posible;—argüía yo—que teniendo que mantener también a otra persona, y que vestirla y calzarla y sufragar los gastos todos de una casa, gaste menos que atendiendo a mi solo cuidado? —Pues así es—respondían todas las señoras casadas.

«Y fui el marido de Sofia.

«No tengo porqué arrepentirme de ello; lo aseguro. Mi mujer tiene un carácter angelical, dulce y sumiso, y creo que se impondría gustosa cualquier sacrificio doloroso por evitarme una contrariedad. Pero... el hombre es así... y no bastan para su total satisfacción los bienes espirituales...

Todos los días, en todos los sitios, pasa la Belleza ante nosotros, tentadora y magnífica; y la primera vez, uno se encoge de hombros; la

segunda vez, suspira, y la tercera vez, piensa:

«—¡Si yo tuviese una mujer así!...

«Se suele afirmar que la costumbre de ver a una persona concluye por impedir que sus defectos resalten. Es verdad que así ocurre, pero con una esposa, no. Los hombres buscamos en ella ciertas condiciones sentimentales y éticas, pero también, y con predilección unánime, belleza. La fealdad puede quedar atenuada en la novia por esa sugestión con que el amor nos turba y ciega, pero se muestra siempre, muda y sin disimulos, en la mujer. La vida íntima se encarga de subrayar sus defectos. Nuestra mirada está siempre despierta, y la imagen que recoge en cualquiera de esos momentos de abandono que una mujer tiene en el hogar, ante su marido, no desaparece ya nunca de nuestra retina. Cuando novio, yo encontraba que los ojos menudos y la nariz de Sofia, daban una expresión graciosa a su rostro. Al poco tiempo de casados ocurrieron dos fenómenos opuestos y simultáneos, que no acierto a explicarme completamente: aquellos ojos se empequeñecieron más cada día, y cada día también, aquella nariz creció un poco.

«Yo padecía con esto pequeñas contrariedades. Recuerdo que cuando los barones de X nos invitaron a asistir a una de sus fiestas, y Sofia se presentó ante mí luciendo el traje que había encargado *ex profeso*, la encontré guapa.

«—Estás muy bien—le dije.

«Y la pobrecilla resplandeció de contento.

«Pero en el baile—¿recuerdan ustedes aquella fiesta de los barones de X?—se habían reunido las mujeres más hermosas de Madrid. ¡Dios me valga! Era demasiado fuerte aquel



espectáculo. No hicimos más que penetrar en los salones, y Sofía se volvió repentinamente fea, insignificante, impresentable. Yo lo comprendí, y esto me puso súbitamente de mal humor. Daría cualquier cosa por dotarla de airoso, de belleza, por hacer que a su paso hubiese una halagadora curiosidad y me envidiaran los hombres.

«—Yo creí—la dije sombríamente—que el color de ese corpiño era oro viejo.

«—Es oro viejo —, respondió

«—No, no es oro viejo; con este derroche de luces que hay en el salón, se ve que es casi amarillo canario.

«—¿Sí? —, preguntó ella, sin mostrar la menor alarma.

«—Sí. Y como tú eres rubia, no debió de habérsete ocurrido nunca hacer esa elección.

«—¡Dios mío! ¿Estoy muy mal?

«La miré de reojo y mi disgusto creció, porque antes había contemplado a la inenarrable señora de Gómez-Talbo.

«—No es que estés muy mal, pero... En cuanto al escote...; comprendo que con ese escote, parece más grande tu nariz.

«Esta observación que choca como una incongruencia, no puede ser más exacta. Sofía reconoció que era así, y nada arguyó. Ni ella ni yo pasamos una noche muy dichosa.

«Tales sensaciones de desagrado, que ya constituían por mi parte cierta especie de adulterio de intención, se repitieron en ocasiones análogas a la expuesta; pero aun no tenía na-

da que reprocharme como falta cometida contra mis deberes de fidelidad. Y acaso tardaría saber Dios cuanto tiempo, si mi mujer no hubiese tenido la fatal decisión de admitir como doncella a una muchacha que era... que era una tentación: ¿para qué voy a aburrirles con descripciones? Lo que antes ocurría fuera de mi casa, ocurrió dentro también desde aquel instante.

«Sin querer, las comparaciones eran suscitadas en mí. Aquella joven alta y esbelta, de rostro mate, de correctas facciones, no podía entrar en la habitación donde estuviésemos, sin que mi mujer se hiciese repentinamente más angulosa y se achicasen más sus ojos y se agrandase su fealdad. Alguna vez, cuando ella llegaba para ayudar a Sofía en su arreglo, y Sofía, sin peinar aun y sin acabar de vestirse, tenía más difícil defensa, yo miraba a la doncella como diciéndole:

«—Sí, es mi esposa. Perdóneme usted, y no me juzgue mal. ¿Qué vamos a hacerle!

«Una noche mi mujer se había retirado a su alcoba un poco indispuesta, y yo leía un periódico en el comedor, cuando entró la doncella y revolví en los cajones de una mesita. Desde mi asiento veía el gracioso perfil de su figura, y me sentí enterneado. «Pregunté con voz grave:

«—¿Busca usted algo?

«Era bien visible que buscaba algo pero cuando me contestó que sí, simulé extrañeza. Creo haber afirmado que soy un hombre tímido, y un

hombre tímido apela a las mayores extravagancias antes de resolverse a decirle a una mujer: «es usted muy guapa», o cualquier parecida futilidad.

«—¿Y qué busca usted?

«—Las tabletas de aspirina, para la señora.

«Me puse en pie con la misma prontitud que si me dijese que buscaba el foco de un incendio, y me aproximé a ella.

«—¿La aspirina? ¡Caramba! ¿Dónde he visto yo la aspirina?

«Y me dediqué a revolver también en los cajones, con lo cual nuestras manos se encontraron varias veces, y yo comencé a sentir arder mi sangre. Pero era preciso guardar las apariencias. Le dí un codazo.

«—La he tropezado sin querer —, dije. Discúlpeme.

«—No hay de qué —, balbució.

«—Pero sin querer, también — agregué severamente, como si le dirigiese un cargo —, he observado que tiene usted las carnes muy duras.

«—¡Oh, señor — exclamó con encantadora modestia —, esto no es nada! El año pasado estaban mucho más.

«—Es imposible.

«—Mucho más —, insistió.

«Fruncí el ceño:

«—No me gusta que me contraríen. La primera condición de una buena muchacha es no mentir. ¿Puede usted sostener que hace un año estaba mejor todo esto? — dije apretando sus brazos y su talle, para ahorrarme una nomenclatura prolija.

«—Sí, señor —, afirmó.

«Estaba tan afectada por mis du-



Martín Royo

—No me saludas hoy, hombre?
—Chica, es que no tengo más que una gorda.
—Mira éste... ¡pero si a mí con una gorda me sobra!...

(Dib. de MARTÍN ROYO.)



Martín Royo

—Señorita, está usted haciendo el ridículo... Se le ha aflojado la liga.
—Vaya una manera de decirlo. ¿A usted no se le ha aflojado nunca?

(Dib. de MARTÍN ROYO.)

das y mi reprimenda que la abracé, realmente conmovido.

«Entonces se oyó un grito. Mi mujer nos contemplaba desde la puerta. La joven huyó. Después siguió esa escena que tantos maridos conocen... Sofía lloró durante mucho tiempo silenciosamente. Al fin alzó hacia el mío su rostro.

«—¿Qué hice yo para merecer esto? ¿Qué hice yo?

«Nada; era verdad. No había hecho nada, porque mi mujer es buena y dulce y cariñosa...

«—¿Qué hice yo, Dios mío?

«Su dolor era emocionante. Pero sus párpados se habían irritado con las lágrimas, y su nariz se había puesto terriblemente roja entre la palidez

de las mejillas. La razón de que estaba poseída, la afeaba más. Era una desgracia.

«Sin embargo, yo no debía continuar ultrajando su dignidad. Aquella escena no se repitió nunca. Expulse a la doncella... y le amueble un pisito en la calle de Ayala.»

N. Fernández Flórez

A LOS DIBUJANTES DESCONOCIDOS

Brindamos las páginas de esta Revista a los dibujantes de talento. Tendremos una verdadera complacencia en lanzar valores nuevos. En España hay un verdadero renacimiento en este género y queremos contribuir de esta manera a él.

LA VIEJA ESPAÑA GALANTE, POR

DIEGO SAN JOSE

FRAY DAMIAN Y SUS DEVOTAS

Fray Damián Cornejo, fué un siervo de Dios lucido, apicarado y mujeriego; de aquella casta del jocundo Arcipreste, que hacían de la vida no un campo de penitencias, sino una deleitosa antesala para esperar el momento de llegar a la otra en que dicen que nos espera el Señor con toda su cohorte de serafines y Estado Mayor de bienaventurados.

Floreció su paternidad en el último tercio del siglo XVII, cuando toda la España de Carlos II era nubarrones de tinieblas y no se advertían más consuelos de luz que el resplandor de las hogueras del Santo Oficio. Fray Damián no fué de aquellos clerizontes hoscos, ceñudos y espantadores de demonios; antes era alegre, ingenioso y en lugar de sacar diablitos solía meter ángeles en los garbados cuerpos de las devotas bizarras. Como al mismo tiempo que gran epicuro bajo la religión de Cristo era intrigante y tenía clarísimo talento, llegó a sentarse en la silla episcopal de Orense, en cuya iglesia mayor reposan sus restos,

venerados por las gentes durante dos siglos, como si fueran los del más santo y ejemplar varón que tuvo aquella diócesis.

Fray Damián solía buscar las deleitosas aventuras del pecado carnal con aquella socarronería y sentado reposo de la gente frailesca, dejando pasar ante sí la fruta femenina y echando la mano a la que está más en sazón. Aquel confesionario de la Catedral de Orense era el mejor puesto de caza con que podía soñar

la rijosidad del buen tonsurado. Luego de logrado un regalillo carnal solía digerirle en verso, como hacía Baltasar del Alcázar con sus copiosos yantares.

Yo me imagino a Su Ilustrísima arrellenado en su cámara episcopal, reposando de la batalla con una opulenta feligresa de aquellos campos galaicos, cari redonda, alta y mullida de pechos, opulenta de flancos como yegua normanda; y medio dormido por la fatiga del embite, con las manos cruzadas sobre el episcopal abdomen, hilvanar, mientras gira los



pulgares, aquel soneto, que es teología de su religión carnal:

«Lo más bello y más apetecido, lo más culto y menos ignorado, aquello a que el deseo aspira osado e invisible es gozándolo el sentido; aquel coral, aquel rubí partido, aquel no sé qué hermoso imaginado, aquello que a la fuerza contrastado a sangre rompe el gusto más rendido; por lo que muere el hombre y nace

(el hombre, lo que trueca las ansias en placeres,

por quien pierde la fama su renombre; que imitando a la Luna, si lo infiere, tiene meses y días; sin que asombre el paréntesis es de las mujeres.

Cuando no disfrutaba de tanta jerarquía y sólo era padre grave en su monasterio, solía gustar de perderse por las calles y el mercado de la recoleta ciudad a la busca de buenas piezas de saya corta o de manto rebozado, y a bien que había de tener el padre buen anzuelo, pues es fama que se le rendían pocas. Así lo dejó asentado en aquel otro soneto, sin duda el mejor y más conocido de todos sus donaires picarescos.

«Esta mañana y en Dios y en hora buena salí de casa y vineme al mercado;

vi un ojo negro. al parecer rasgado, blanca la frente y rubia la melena.

Llegué y le dije: «Gloria de mi pena, muerto me tiene vivo tu cuñado; vuélveme el alma, pues me la has robado con ese encan-

to de áspid o sirena.

Pasó, pasé, miró, miré, vió, vila, dió muestras de querer, hice otro

(tanto; guiné, guiné, tosió, tosi, seguila;

fuese a su casa y sin quitarse el manto,

alzó, llegué, toqué, besé, cubríla, dejé el dinero y fuíme como un santo...)

Diego San José

LA SERPIENTE

—Bueno, nene bonito, ¿te acuestas? Anda, rico, que es tarde ya.

Había terminado la cena, en familia, y el matrimonio, con los hijos mayores, irían al teatro. Pepín, el menor, de años y medio—¡y medio!—, se quedaría en su cama de solterito virginal, soñando cosas azules y cándidas.

—Anda, vidita, yo misma te acostaré. No quiero marcharme sin dejarte dormido.

La madre, Rosalía, doña Rosalía, lo tomó en brazos—¡cómo pesaba ya el angelote!—y lo condujo hasta su alcobita, entre arrumacos. Allí, mientras el chico se restregaba los ojos con el puño sucio, fué quitando la madre blusa, calzones, botas, calcetines... Le puso el gran camisón de dormir, y metió al zagal entre sábanas. Después, un credo farfallado y el acto de persignarse, y el adiós arrullador, y el besito materno sobre la casta frente niña.

—¿Qué? ¿Se durmió ya ese caballero?—preguntó el padre viendo llegar a Rosalía.

—Como un bendito.

Sonrió con ufanía deleitada, y añadió, saliendo ya hacia la calle.

—¡Qué bueno es! No debiera pasarse de esa edad. ¡Qué hijos tan puros y tan inocentes!

Se fueron todos al teatro. Pepín, quedó allá, en su alcobita, soñando con vestiglos, juguetes, duendecillos y golosinas en su paraíso ingenuo, sin una maca pecadora, crédu-lo en magas epifanías y en que los niños recién nacidos vienen de París...

II

Había sido domingo aquel día, y en la cocina Carmen y Nieves, se hacían confidencias.

Carmen, cocineroa garrida y lozana, se había entregado ya a su novio, hacía mucho tiempo, sin el menor reparo, como se entregan las hembras zoológicas.

Era carnicero, gordo, orondo, fornido. ¿Su nombre? Rigoberto. Le pidió el sí. Ella se lo dió, y una tarde, en la Moncloa, cuando obscurecía...

Nieves también tenía novio, pero ella no había decidido aun dar aquel paso.... Lo quería, temblaba junto a él en las largas tardes febriles... Mas ¿y el embarazo? ¿y el honor? ¿y la posible boda?

Camarista de aquella casa apacible, Nieves tenía una belleza delgada y rubia, misteriosa y profunda. Era calculadora, y aunque sedienta de amores colmados, no tenía la espontánea barbarie de su compañera, sino un fino sentido de la conveniencia, de la ficción, del límite...

—Pues eres bien tonta—había exclamado la cocinera en alta voz así que oyó el portazo y que supo ansentes a los señores—¡Bien tonta! Pudrirse y repudrirse así... Yo, en cambio... Mira, esta tarde nos hemos puesto Rigoberto y yo, tibios...

A Nieves le vibraron las aletas nasales y se le encandilaron los ojos.

—Dime, cuenta...—susurró.

—Te va a dar envidia. Pero en fin...

La cocinera interrumpió su charla para empezar el fregado. Metió las manazas enormes, rojizas y hercúleas, en el barreño del agua caliente, e hizo espuma con el jabón oleoso. Nieves, detrás, palpitaba:

—Sigue, Carmen—suplicó—. Me vuelves tarumba con esos recuerdos. Dime... ¿Te da mucho gusto... eso?

La cocinera se volvió, sarcástica:

—Pero ¿es que no lo has probao aún?

—Del todo, no. En la otra casa, un compañero... Nada, pampinas. A mi me gustaría saberlo todo, ¡todo!

La otra soltó una risotada cínica:

—Pues chica a una mujer le es bien fácil... Sales a la calle, y al primero que pasa lo miras un poquitin, y ya está.

Nieves puso una carita boba y adoptó un tonillo zonzó:

—Sí, pero ¿y el embarazo?

—¿El embarazo? Nos ha fastidiado esta. ¿Pa qué están las mujeres más que pa eso? Yo he tenido ya dos.

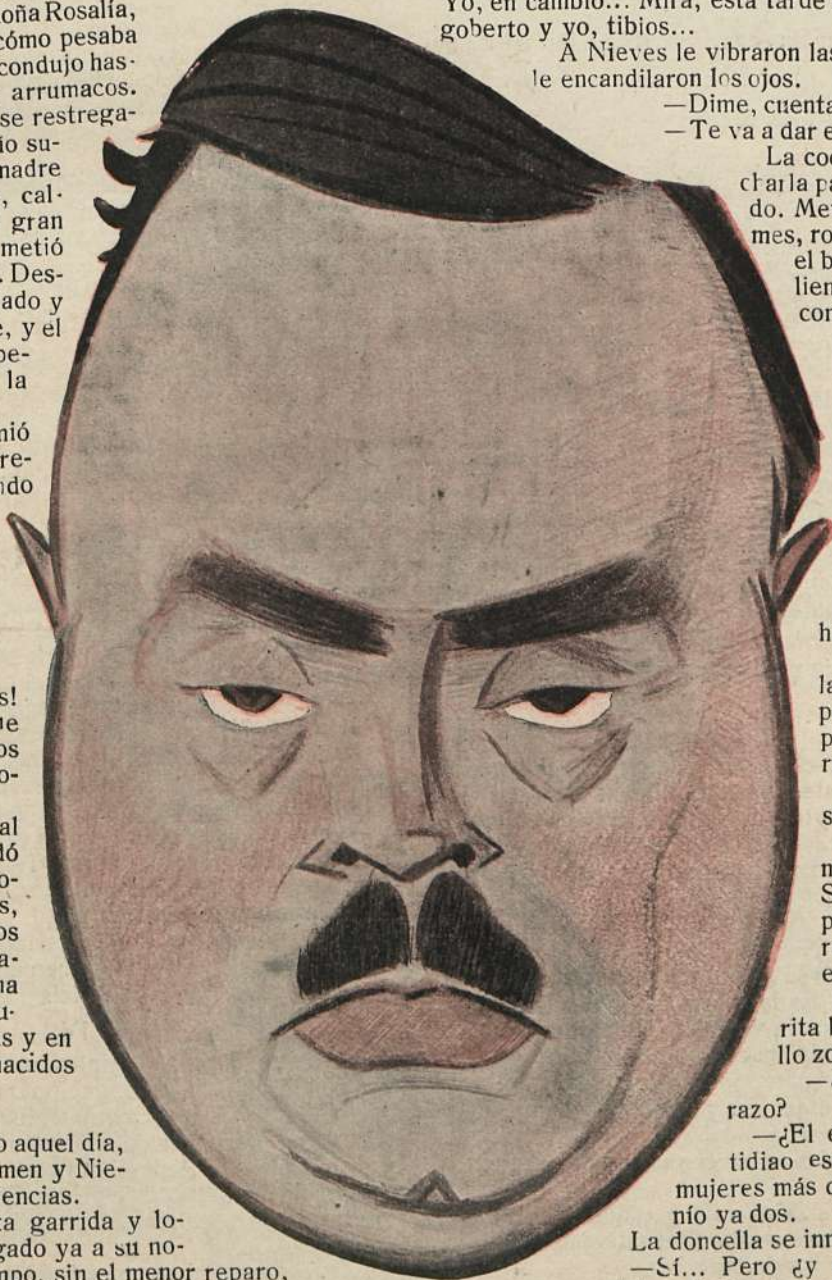
La doncella se inmutó y quedó pesarosa: —Sí... Pero ¿y la vergüenza? ¿Y los dolores? ¡Qué horror, hija! Es mejor aguantarse.

Su puso más encendida, más trémula, y quiso saber, adentrarse en la magnitud de aquellos placeres, vendimiando mentalmente los frutos prohibidos.

—Cuéntame—añadió—¿qué te hace tu novio?

—Chica, sabes que tiés unas preguntas...

—Es que estoy como loca.



Se acercó a la cocinera y la cogió por detrás los senos enormes, duros y ubérrimos, fragantes senos de asturiana.

—¡Qué hermosa eres!—le dijo.

Pero Carmen se revolvió furiosa y golpeó las manos audaces de Nieves. ¡La muy sandia! ¿Qué se había llegado a figurar? Con hombres, sí, que cada una busca su cada uno. Pero ¿con mujeres? ¡Qué asco! O se estaba quieta o le iba a reventar un ojo.

Hicieron las paces, y hablaron de los señoritos. El padre era viejo ya. Habría sido muy guapo, pero no parecía concederles a las mujeres ninguna importancia. El señorito mayor, sí. Estaba en la edad. Tendría unos veinte años... Pero ¡qué seriedad la suya y qué antipatía!

—Si un día se equivocara de alcoba—preguntó Nieves—y se metiese en la tuya ¿qué harías?

Carmen tuvo un mohín soez y una frase plebeya e impúdica:

—No caerá esa breva.

Luego, en el espíritu de Nieves se suscitó un pensamiento monstruoso:

—Para bonito—exclamó—el pequeño. ¿Has reparado en sus ojos? Son divinos. ¡Si ese chiquillo tuviese cuatro o cinco años más!

Ambas criadas se miraron frente a frente, y luego se echaron a reír, unánimes

—Dime en qué piensas—interrogó Nieves.

—¿En qué piensas tú?—interrogó la otra.

—En Pepín. Ya está. ¿Y tú?

—En Pepín.

—¿Crees que sabrá algo... de estas cosas?

—Ni palote.

—Sería curioso ver qué hace.

—Ya lo creo ¡Atrévete! Y si marchas bien, me lo dices.

Crispadas de lujuria, tensas, electrizadas, magnetizadas, se confabularon. Nieves iría a la alcobita virginal, y entablaría conversación. Estaban solas con él, y tenían horas por delante. Sería una insinuación capciosa, una tentación suave, una revelación mimosa que no le hiciera gritar asustado, o llorar atónito...

Vibraron de lascivia y se besaron por fin, en la boca, lentamente.

III

Tácita, escurridiza, el corazón saltándole del pecho, resacos los labios, calenturienta, Nieves se encaminó hacia el pequeño y virginal dormitorio. Estaba abierta la puerta, y se oía rítmica y suave la respiración del niño. Entró. Se acercó al lecho. Hizo ruido y Pepín despertó sobresaltado.

—¿Qué? ¿Quién?

—Soy yo, rico mío, Nieves.

La estancia estaba en la penumbra voluptuosa y mimosa, de nido acariciado. En la habitación inmediata lucía, bajo una Virgen antigua, la vestífica lamparilla familiar. Por el montante se colaba su reflejo amarillo.

—Y ¿qué quieres?—interrogó Pepín.

—Nada. Es que te oí quejar, y vine.

—¿Me quejaba yo?

—Sí, cielo mío. Debías soñar con algo malo y tendrías miedo.

El niño recordó que sí. Era un enano que se acercaba a su lecho y que guiñaba sus ojos alternativamente. ¡Qué feo era el enano y qué horripilante!

—¡Pobrecito mío!—comentó la doncella con voz profundamente emocionada y medularmente acariciadora.

Después musitó:

—Oye...

Se detuvo ante su propia audacia.

—Oye; si me juras no decírselo a mamá hago una cosa para quitarte el miedo.

Los ojos del chicuelo brillaron de curiosidad precóz.

—Te juro que no le diré nada.

—Pues entonces, verás.

Se quitó la blusa, el delantal, el corsé... Luego, Pepín oyó caer sobre la alfombra, chitos, los zapatos de Nieves.

—Voy a acostarme contigo, precioso, y verás como no le tienes miedo a nada.

Desembozó a Pepín, y se introdujo en la cama, una cama pequeña, cama camera, cama de solterillo crecedero. Pasó su brazo desnudo bajo el cuello del niño, y se acurrucó junto a él, friolenta. Luego sin emitir una sola palabra, una sílaba, paralizada la voz por la emoción de aquel estupro raro y perverso, besó los ojos infantiles despaciosamente, y la boca... Pepín se rebulló:

—¿Que me haces daño!

—¿Daño? No, cielo bonito. ¡Si yo te adoro!

Permanecieron callados un instante. Pepín se había despabilado y decía puerilidades gárrulas. Dónde estaría el morrongo, «Merlín», que no había venido aquella noche a ronronear sobre el edredón. Si habían sobrado dulces de la cena.

Luego, tuvo una inspiración sagaz:

—Oye, Nieves. ¿Por qué no quieres que cuente esto?

—Porque sólo se acuestan juntos los matrimonios y los novios...

—Entonces Rafael y tú, os acostáis...

—No, amor, no. Yo no he querido acostarme con nadie.

—¿Por qué?

—Porque estoy enamorada de tí. Porque me guardaba para tí. Porque tú eres mi hombrecito.

Y en un torrente, en un delirio pasional, le dijo:

—Para tí me guardaba, bonito, ojos de cielo, palomito blanco. ¿No me lo habías conocido hasta hoy? Estoy loca por tí. Oye...

—¿Qué?

—¿No te gusta que yo te quiera? ¿No has deseado aún a ninguna niña? ¿A tu primita Lola? La otra tarde, cuando vino a comer contigo os besasteis. Es muy bonita pero yo estoy mejor formada. ¡Toca!

Tomó una mano de Pepín y la atrajo bajo sus faldas, entre la suavidad de aquella piel caliente.

—¿Qué es esto?—exclamó, súbito y asustado, Pepín.

La voz de Nieves se ahogó en risas:

—¿Eso? Cosas de nosotras, las mujeres. ¿Creías que los hombres y las mujeres éramos iguales?

Pepín tuvo una curiosidad de estupor:

—Oye, y Carmen que es tan grandullona...

—Más aún. ¿Quieres verla? También está loca por tí. Eres un sultán. Vas a poner serrallo.

—¿Serrallo?

—Sí... Los moros tienen serrallo, como tú. Es decir, varias mujeres que se los comen a besos, que se los comen a bocados, que los acarician... ¡Así! ¡Así! ¡Así!...

IV

Fueron unas nupcias totales, un rasgón supremo, revelación definitiva, en la que no quedó minucia ignorada, deleite olvidado. Cuarenta años después, por laberíntica que fuera su vida y por hondo que se hiciera su abismo amoroso, Pepín no habría entrevisto un nuevo arcano, ni Afrodita podría ya descubrirle ningún secreto. Fueron palabras cálidas, descripciones prolijas, simulacros intensos.

Evocó la criada imágenes ígneas. La escena que ella, Nieves, había visto una vez, entre su hermana Elena y un tal Pepito, su novio. Sorprendidos en el jardín de la casa donde Elena servía, Pepito, entre las piernas femeniles parecía comer hierba.

—¡Me dieron una envidia! ¡Es más rico eso! ¿Quieres que lo hagamos nosotros?

Tuvo la escena algo de apocalíptico, de inconcebible.

Rendida, extenuada Nieves, descubrió aún un refinamiento anormal, de lesbismo trágico:

—¿Quieres que vayamos junto a Carmen? Le daremos una gran sorpresa, y verás qué contenta se pone. Podrás comparar... Es más hermosa que yo, pero menos fina. ¿Quieres?

—Sí. Pero ¿no vendrá mamá?

—Aun es temprano. Hasta la una no acabará eso. Yo misma te llevaré, en brazos...

Se iba a incorporar el niño para vestirse, pero Nieves lo arrojó entre las sábanas, y tal como estaba, descalzo y con el largo camisón, lo cogió en vilo y lo llevó pasillo adelante. Pasaron junto a las puertas de aquellas estancias íntimas del casto gineceo maternal. Atravesaron el comedor y la cocina. Y más allá de la cocina, en la alcoba de las criadas, que tenía dos lechos bajitos, de hierro negruzco, entraron.

Olfía mal. Hedía a sirvientas sucias, a cuerpos no bañados mucho, a ropas íntimas poco mudadas, a falta de ventilación, a cráteres femeniles madurados en salaces vigiliadas.

Carmen, vencida por el ajeteo y el sueño, roncaba. Nieves encendió la bombilla eléctrica:

—Mira qué tesoro traigo—dijo Nieves.

La cocinera restregó sus ojos, y se incorporó, lasciva:

—¡Qué bruta! ¿Lo enteraste ya?—preguntó.

—¡Toma!... Si es todo un hombrecito... Haznos puesto.

Se introdujeron en el lecho caliente y sudado, colocaron en medio a Pepín, y empezaron las comparaciones, los forcejeos, las risas... Carmen, súbita, soltó una carcajada brutal, y admiró:

—Pero si es verdad... ¡Y tan hombrecito! Anda, ven aquí. Yo soy más ardiente que esa, y más... ¡Uy, mi vida!

V

A la una y media regresaron del teatro los padres y los hermanos mayores. Pepín, trasladado a su alcoba, fingía dormir, pero velaba, insomne y todavía estupefacto. La madre entró para verle. Se acercó a la cama, y cuchicheó:

—¿Duermes, nenuco mío?

Pepín se rebulló malhumorado.

—No, mamá.

Encendió Rosalía la luz para mirar al niño, y al verle, se quedó atónita. Pepín tenía los cabellos en desorden, las manos febriles, los ojos chispeantes y como ensuciados, manchados por un vicio prematuro.

Se besaron. Pero el beso de Pepín abrasaba como boca de amante. En sus pupilas verdes fulgía un destello irónico, de hombrecillo enterado. Toda aquella inocencia, que tres horas antes causara el hechizo materno, había sido devastada y como arrancada de cuajo. Parecía el niño la caricatura monstruosa de un perverso.

—Que duermas bien, Pepín.

Rosalía se alejó. El niño siguió con los ojos aquella sombra en la que antes vió a un hada y en la que ahora contemplaba a una hembra. Pensó en la alcoba matrimonial, y vió al padre en aquellos forcejeos, con aquellas risas, y sintió un asco infinito por las viejas cosas que creyó santas y que no constituían, en definitiva, sino corcobos reglamentados, muecas reguladas por el juez y el cura.

Todo lo que tuvo antes la vida de sencillo, de quimérico, de idealista, para él, estaba roto. No existían los ángeles. Carmen, gorda y bestial, oliente a sudor y a gachonería, era como un resumen del mundo.

Fué un delirio desde aquella noche inolvidable. Fué un espasmo de intenso deleite. Ellas, Carmen y Nieves, se lo disputaban a toda hora, y urdían sus piruetas bajo el lecho maternal, en los sillones de la sala, en el retrete, mientras Carmen mondaba patatas junto al fogón, o mientras Nieves, pizpireta y bonita, con su mandil y su cofia blanca, aparaba la cama.

Fué preciso que el padre adivinara y que echase de su hogar a las domésticas para salvar la vida de Pepín, amenazada por aquellas furias insaciables, por aquellas horrendas harpías, por aquellas vampiras reveladoras que habían destruido el alma de un niño con voracidad lobuna, con perfidia reptilesca ¡nietas de Eva inmortal!

L. Antón del Olmet.



—¿Pero en la Agencia no nos dijeron que estaba V. así?
—No lo sabían, señora ¡es que esta noche se me ha extendido el dolor de muelas!...

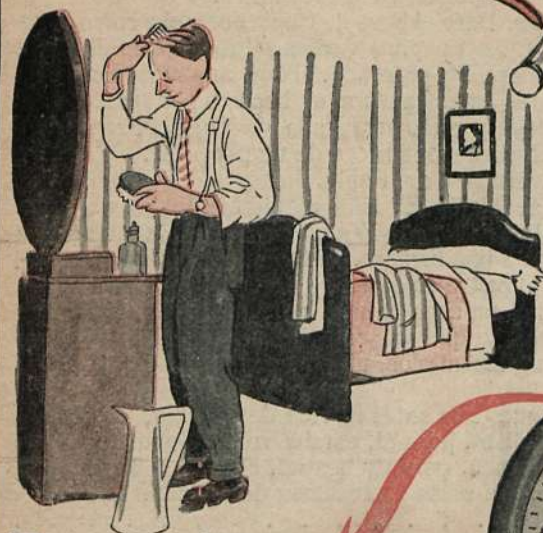
(Dib. de MARTÍN ROYO.)



LA MORENA A LA RUBIA.—Sí, Fifi, sí, este Titi es muy perverso, el otro día quiso tirarse a Mimi.

(Dib. de RICO LAGUNA.)

Reloj Galante



Primera hora



Hora futura



Última hora



hora agitada



hora "super".....tango.



hora espumosa



mala hora.